

á engañar á sus perseguidores convertidos en sus seides. Escapó á esta violencia de nuevo género poniéndose en camino de noche con el mayor secreto, y ocultando con cuidado la direccion de su viaje.

Ya se hallaba lejos cuando supieron su fuga, y no se consolaron de la ausencia del doctor, sino abrazando con pasión su doctrina.

Afortunadamente dejaba en Koethen y en toda la Alemania discípulos bastantes capaces de hacer prosperar allí la homeopatía.

El fué á instalarse á Francia, con una francesa con quien se había ya casado en segundas nupcias.

Enriqueta Kuchler había muerto en 1827, después de haber asistido á la rehabilitación y á la glorificación de su marido.

Ocho años después, la señorita Melania de Hervilly, digna hija de aquellos castellanos de otro tiempo que cuidaban á sus pobres vasallos como á sí mismos, oyó hablar de los descubrimientos de Samuel Hahnemann, y atravesó toda la Europa para ir á consultarle á Koethen. La noble cliente del doctor le comprendió tanto y tan bien que fué una de sus discípulas mas distinguidas, primero; después otra el mismo, casándose con el ilustre anciano.

Ella fué la que le llevó á París en 25 de junio de 1835.

Allí practicó la homeopatía con tal éxito que puso el colmo á su fama, y murió lleno de días y de honores en el año 1843, pudiendo decir en su última hora, después de medio siglo de trabajo y de padecimientos: *Exegi monumentum ære perennius.*

No entra en nuestro propósito ni en nuestro modesto cuadro el examen de las doctrinas medicinales de Hahnemann, cuya vida sola debía ocuparnos como una de las mas interesantes, como que su nombre se halla colocado entre los de los mas grandes inventores.

Debemos señalar un hecho capital incontestable. La homeopatía en el punto de vista práctico, no solo ha sobrevivido á su fundador, sino que lejos de haberse debilitado con su muerte ha aumentado con su memoria, y y combate hoy á la terapéutica oficial: hecho inmenso y decisivo, cuando se piensa que el nuevo sistema progresa por sus solas fuerzas, al lado de un rival dueño de las academias, de las cátedras, de los hospitales, y de todas las posiciones legales. Diríase que es el antiguo soldado

Galo avanzando enteramente desnudo contra los romanos cubiertos de hierro, y llegando al Capitolio sin mas armas que su valor y su intrepidez.

El cólera y la guerra de Oriente han sido para la homeopatía la ocasión de algunos de sus triunfos y de su establecimiento definitivo. Sin embargo la homeopatía no ha podido obtener todavía en ninguna parte que se la permita establecer una cátedra especial en las universidades.

La homeopatía combate y escluye á la medicina que viene desde siglos, desde Hipócrates, consolando los padecimientos de la humanidad. La medicina propiamente dicha, esencialmente compuesta de teoría, de aplicación, de espíritu y de materia, como todas las cosas del mundo, es á la vez de ayer, de hoy y de mañana. El gran mal, el grande error de Hahnemann, á pesar de su genio y de su admirable abnegación ha sido el soñar en el papel absoluto de un Lutero médico, y ver y colocar todo el arte de curar en la reforma práctica de que es autor, negando la obra inmensa de sus antepasados, sin la cual hubiera sido imposible la suya. Esto era arrancar al árbol de la ciencia sus dos ramas fundamentales, la Fisiología y la Patología, y reducirlas á un solo ramo de la Terapéutica ó de la Medicina. Ese mal, ese error además, es el de todos los materialistas de todos los tiempos, de todas las escuelas y de todos los países. La empresa de Hahnemann perecerá pues, como la de Broussais, otro genio sofocado por el materialismo: y si hoy vive es porque los pigmaleones espiritualistas han dado vida á la estatua homeopática, agarrándose al todo, al conjunto de la ciencia. Los seides que no admiten nada fuera de la homeopatía son sectarios ciegos é impotentes, lo mismo que los adversarios alópatas que niegan algo de verdad, y sobre todo, mucho de genio, en la homeopatía. Un poco de tiempo mas, y sin obstinarse en rechazar la verdad de la víspera, y sin cerrar la puerta á la verdad del día siguiente, el tiempo habrá dado la razón á quien la tenga; porque como dice un antiguo cantar nuestro:

Para averiguar verdades  
El tiempo el mejor testigo,  
Y para justicias Dios....

## ESTUDIOS MORALES.

### BASILINA Y BASILETA

#### O LOS HUESOS DE LAS CEREZAS.

Basilina y Basileta eran dos muchachas hijas de una pobre labradora de las inmediaciones de Jadraque. Rubias las dos como dos espigas de agosto, blancas como la leche de vacas, tenían diez y ocho años, porque habían nacido el mismo día, habían llevado la misma vida, pero tenían diferentes inclinaciones. Basilina era amiga de lujo y vani-

SEGUNDA SERIE.—1856.

dosa, se componía mucho y procuraba estar hermosa.

Basileta al contrario, era natural, sencilla, descuidada, y hasta olvidaba esa compostura y adorno que realza las gracias de toda muger.

Les gustaban mucho á las dos los cuentos de encantamientos, y las relaciones de brujas, y todas las noches cuando en la tertulia de la tía María, madre de nuestras dos mugeres, hablaban de estos sucesos los mozos y las mozas del pueblo, las muchachas tomaban parte en las relaciones, las creían á pie juntillo, mientras la madre sentada junto al inmenso fogón de la cocina, y armadas sus débiles manos con unas enormes agujas

AÑO XIV. 21.



de acero, hacia con sus hijas media sin proferir una sola palabra ni en apoyo ni en contra de aquellos absurdos cuentos.

Una noche en que, como en todas ellas, el jarro del vino animaba á la tertulia pasando alternativamente de manos de unos á otros, y ofreciendo en aquellos pacíficos rostros á la dulce y pálida claridad de la llama que ardía en aquella chimenea un cuadro de un tono á lo Rembrand, Basilina, la coqueta y caprichosa jóven, que no tenía dinero para gastar en sus adornos, llevaba aquella noche una guirnalda que ella misma había entretejido en sus cabellos de oro. Componíase de florecitas de alabastro delicadamente tejidas por el grande artista que se llama la naturaleza. Sus hojas estaban embalsamadas, y en el fondo de su cuello blanco brillaba su cáliz como un ópalo engastado en marfil. Era la víspera de San Pedro, los días del tío Pedro, uno de los labradores mas ricos de la vecindad, y el que siempre las invitaba á bailar en los días de fiesta.

—Bien peinada está la Basilina esta noche, dijo el maestro de escuela.

—¿Por que? Responde Basilina.

—Porque habeis destruido la obra del Señor, y no son flores las que acabais de coger, sino frutos que habeis hecho perecer.

En efecto, la guirnalda de la coqueta estaba compuesta toda de flores de cereza, planta admirable en sus sencillos adornos, y que haria morir de envidia á las margaritas, si Dios, como buen padre de familia, no hubiese alejado la rivalidad posible colocándola entre los frutos.

—¿Cómo es eso, dijo Basilina, he matado yo los frutos?

—Evidentemente.

—¿Pues no están estos para comerse?

Una carcajada general de todos los concurrentes acogió esta salida.

—¿Os comeis todo en la cereza?

—No.

—¿Qué es lo que tirais?

—El hueso.

—Y quién os dice que esos huesos que impedis crecer, no tienen su importancia en la grande armonía de las cosas terrestres?

—Tened cuidado, dijo una vieja que asistía á la reunion, porque hay encantadoras que protegen los frutos antes que lleguen á madurez, como las madres protegen á sus hijas antes de que sean fuertes y robustas mugeres.

—¿Encantadoras! replicó Basilina.

—Sin duda, y son tan numerosas como las estrellas que hay en el cielo. Algunas veces vienen bajo la forma de átomo, de aire, y de insecto brillante sobre la tierra: la manzana tiene una encantadora, y hace que se rompa la rama sobre la que sube el imprudente ladron. La fresa, esa hermana de la violeta que cual ella se oculta y se la descubre por la suavidad de su olor, tiene una encantadora que se aparece á veces bajo la forma de una culebra para guardar á su protegida del gusano. Todos los frutos tienen quien los proteja, y ay.... del que los ataca!

—¿Con que me va á perseguir la encantadora de las cerezas? dijo Basilina.

—Muy bien podria ser.

—Ve ahí lo que es ser coqueta, dijo Basileta, yo no pongo nada en mi cabeza.

—Ya lo creo, y se pasan años enteros sin peinarte, respondió ágríamente su hermana.

—Tambien tú eres culpable, dijo el maestro de escuela, porque si tu hermana destruye el fruto, tu eres tan descuidada, que no cuidas las flores, ni riegas las plantas, las abandonas, y las haces igualmente perecer: de manera que tan malo es lo uno como lo otro.

Las dos muchachas tenían sus novios, como es natural que suceda en todos los pueblos, cuando estas muchachas son bonitas.

Pasaron algunos meses de este suceso, vino el buen mes de junio que ha recibido de Dios el privilegio de presidir á las flores, y una mañana en que el sol ceñido con sus ardientes rayos contemplaba el aspecto de los campos cubiertos de mieses y verdura, las dos hermanas habiendo cogido una cesta de cerezas perfectamente maduras, se fueron á comerlas bajo de un árbol.

—¿Estarán maduras las cerezas? dijo Basilina con terror.

—Encarnadas como sangre, respondió Basileta; y cogiendo unas de las que estaban unidas por el rabo, se las colocó en las orejas cual si fueran pendientes. Miróse despues con satisfaccion en un riachuelo que corria cerca de donde estaban sentadas, y la escarlata de aquella alhaja natural, sentaba admirablemente á su piel un poco tostada por la estacion.

—Están cuidadas por las brujas, dijo la hermana.

—Ya ves que nada me ha sucedido por haber destruido las flores.

Despues se pusieron á comer: Basileta mordió una de las cerezas.

—Esta debe ser muy rica, dijo; pero al mirar la encarnada carne del fruto en que acababa de hincar su diente de marfil, vió un gusano horroroso é inmundó, reptil que se habia deslizado en ella.

—¡Ah! dijo, esa bruja se ha vengado, y arrojó las cerezas á la yerba.

—Loca, dijo Basilina, ¿tengo yo miedo ni me ocupo de eso?

Apenas habia dicho esto, cuando lanzó un lastimero grito: acababa de sentir en su cuello un dolor profundo.

Era una abispa que atraída por el color y perfume de la fruta que pendia de sus orejas, la habia dado una picadura.

—La bruja, dijo, se venga.

Y se levantó llorando.

—Hijas mías, les dijo una pobre mendiga que pasaba por allí, dadme una limosna por amor de Dios; tengo mucha edad, soy pobre, y no he comido nada hoy. Y al hablar así recogia las cerezas arrojadas por el suelo por las dos hermanas.

—¿Toma! dijo Basileta, pues se las come.

—Ya lo creo, replicó Basilina, si son buenas.

—Porque ella las come en lugar de nosotras, dijo Basileta, la bruja no le hace nada.

—Tomad, buena muger, dijo Basilina vaciando su cesto; la fruta nunca es tan buena como cuando se tiene hambre: aqui teneis pan, y le dió el que tenia.

—¿Y vosotras, hijas mías?



—Nosotras aguardaremos á que se ponga el sol, que es la hora en que volveremos á casa.

—Pues bien, replicó la vieja, quiero haceros un regalo en pago de vuestra caridad; las dos sois buenas y teneis buen corazon, lo que atenua todos los defectos.

—¿Qué nos vais á dar? dijo Basileta.

—Primero os haré una pregunta, replicó la anciana acabando de comer.

—Hablad.

—¿Teneis gana de casaros?

—¡Ya! dijo Basilina.

—¿Y habeis elegido vuestros novios?

—¡Tal vez! dijeron las dos niñas; y las dos fijaron sus ojos en la yerba cual si hubieran tenido pretension de consultar á las hormigas que por allí corrían en legiones.

—Pues bien, os casareis con vuestros novios.

—¡Bah! explicaos mas, ¿y con qué?

—Con el regalo mio.

—Pero si la bruja de las cerezas está contra nosotras, dijo Basileta.

—Si, nos tiene rabia porque hemos querido destruir su protegida, dijo Basilina; ha puesto gusanos en la fruta de mi hermana, y á la mia ha atraído las abispas.

—La caridad lo rescata todo; habeis sido buenas, compasivas, y mi regalo os hará felices.

—¿Y cuál es? dijeron las dos; y sus ojos espresaban la impaciencia.

—Hélo aquí, dijo la mendiga, y dió á cada una de ellas un hueso de las cerezas que acababa de comer.

Despues saludándolas cariñosamente, se separó de ellas, y las muchachas quedaron en la mayor estupefaccion.

Hemos olvidado decir que las dos hermanas eran igualmente lindas. De seguro nosotros no nos haríamos los historiadores de dos muchachas feas física y moralmente. Eran, pues, unas lindas criaturas, si bien la una un poco coqueta, y la otra bastante descuidada.

Llevaronse cada una su hueso de cereza; al que no dieron grande importancia. Además tenían en la profecía de la mendiga una confianza ilimitada, y volvieron á ocuparse en el trabajo ordinario, esperando, sin embargo, que la bruja de las cerezas las dejaria en paz despues de aquella espiciación.

Había un labrador que tenía dos hijos, llamados Pedro y Blas, que tenía un pleito con la tia María por una huerta que pretendia poderla usurpar. Pleiteaba como las gentes ricas, por medio de apoderado. Unido en otro tiempo con el difunto esposo de María, establecido en el pueblo inmediato, no había visto jamás á su parte contraria, y apenas conocia tampoco el terreno objeto del pleito. La tia María se hallaba hacia tiempo impedida, y apenas podia ir mas que desde su cama á la sala. En vano sus hijas la habían hablado de los dos hermanos con objeto de casarse con ellos; el padre estaba inflexible, y pedia ante todo como condicion indispensable una buena dote.

—Lástima es, decia la tia María, que no viva mi esposo, porque entonces hubiera podido esto verificarse. Debía ser rico, pero á su muerte no se ha encontrado nada. Dicen que es porque no creía en las brujas del país por lo que ha quedado pobre.

—Pero madre, respondió Basileta, ¿no ha dicho nada padre antes de morir?

—No ha tenido tiempo, ha muerto de repente sobre su silla fumando en su pipa, y la vispera misma había vendido algunos bueyes en el mercado.

—¿Qué importa eso, dijo Basileta, si nuestros huesos de cereza nos hacen casar con nuestros novios?

—Que loca eres, replicó su hermana, valiente cosa cuento yo con los huesos de cereza. ¿Y tú, madre?

—Ya veremos, dijo la tia María, no digo que si, ni que no.

—Miren, dijo Basilina, el caso que hago yo de él. Le parte, y al mismo tiempo arrojó por la ventana el hueso de la cereza. A poco hubo un gran ruido: un hombre muy colorado y muy grueso y colérico, entró con grande estrépito.

Era el padre de los dos mozos.

Acababa de recibir el hueso de la cereza en el ojo derecho.

—¡Caramba!... ¡por vida de...! ¿Quién es el canalla que se permite así dejar tuertos á los que pasan por la calle? ¡Cómo! yo, Bernabé, el labrador mas rico de la comarca, ¿no podré ir á caballo por mis tierras sin riesgo de que me estropeen?

—Perdone vd., dijo la anciana, ha sido una aturdida esta hija mia.

Y al mismo tiempo señalaba á Basilina, que fuera de sí, temblando, casi de rodillas, pedia perdon.

—¡Cáspita!... dijo el labrador, teneis dos lindas muchachas.

—Y buenas, dijo la tia María, si Dios quiere conservarlas, pero tienen una desgracia.

—¿Cuál?

—Quieren casarse con gente mas rica que ellas.

—¡Ya! son bastante buenas, vigorosas, sanas y trabajadoras sin duda.

—Muchísimo.

—¿Y cómo se llama vd., señora?

—María Perez.

—¡Cómo, es vd. con la que yo tengo un pleito hace dos años!

—Si, dijo la anciana, vd. concluirá por ganarlo: he vendido todo para pagar al abogado, y bien pronto no me quedará nada.

El labrador tenía buen corazon: había sido escitado sobre todo por las gentes de la curia, para quienes son una mina los procedimientos judiciales y el eternizar los pleitos. Sintióse conmovido á la vista de aquellas tres mugeres suplicándole en su presencia.

—Y entonces ¿por qué no ha venido vd. á verme?

—Estoy impedida, dijo María.

—Haber enviado á estas muchachas.

—¡Cómo! ¿á casa de sus novios? ¡No hubieran tenido que decir poco y hablar las gentes del lugar!

—Es que son muy lindas estas muchachas, y veo que los picarillos de mis hijos no tienen mal gusto. ¡Lástima, tia María, que no tenga vd. algunos cucuruchos de duros que darlas en dote; eso arreglaría las cosas! ¿Quién sabe si tomaria en arrendamiento la huerta sobre que pleiteamos, y se la daría á una como regalo de boda?

—Imposible, respondió la madre de familia.

—Pero... ¿no tiene vd. nada?

—Nada.

—Sin embargo, su marido de vd. pasaba por un hombre



avaro de dinero.... para que no haya guardado algo....

—No se han encontrado mas que seis duros, y un rollo de cuartos.

—No es un Perú, ¿y las cosechas?

—Han servido para pagar las rentas vencidas de las tierras.

—Es terrible, dijo entonces el labrador cogiendo á las dos hermanas por la mano. Si tuvieran alguna cosa, yo concluiría por ceder á mis hijos, que todos los días están quebrándome la cabeza con estas muchachas, aunque no fuese mas que por tener paz.

—¡Oh! dijo Basileta, yo no paso cuidado, caballero, la bruja de las cerezas hará el matrimonio.

—¿Cómo?

—Con los huesos que tenemos.

—¿Y de qué manera?

—De eso no me tengo yo que ocupar; el hueso de mi hermana, en el que yo creía, ha obrado ya un milagro, os ha hecho entrar en nuestra casa por primera vez, un poco enfadado al pronto, pero salís de ella con sentimientos de amistad.

—Pues bien, dijo el padre de los dos novios, que el segundo hueso acabe la obra del primero, no seré yo el que me oponga á la voluntad de la bruja de las cerezas. Dejad las cerezas pues es una cosa peligrosa: con ellas se hace el ácido prúsico....

Y saludando despues con afabilidad á la buena tia María:

—Voy á mandar suspender los procedimientos actuales, dijo, y nombraremos un árbitro y compondremos las cosas en paz y como en familia. ¡Qué diablo, si no tengo razon pagaré los gastos!

Despues salió y volvió á montar á caballo, y antes de marcharse dijo á las muchachas: cuando tireis otra vez huesos de cerezas, avisad á las gentes que pasan por la calle.

Pasóse un mes aguardando á que el otro hueso de la cereza señalase por algun acto algun prodigio que pudiese ejercer su influencia en la vida de nuestras dos muchachas. La esperanza habia hecho muy activa y trabajadora á Basileta, y un día que se hallaba en el jardín y que no sabia que hacer con aquel hueso de cereza, desesperada de ver que no sobrevenia ningun acaecimiento favorable, se propuso enterrarle para que al menos sirviera para hacer, como la habian dicho, un árbol, y cogiendo un azadon, empezó á cavar sobre la tierra para hacer un gran hoyo en qué enterrar el hueso. De repente tropezó el azadon

en una cosa que resonó de una manera sonora y vibrante..... Redobló sus fuerzas la muchacha, que no adelantó nada en el terreno: entonces metió su mano en el hoyo que comenzaba á hacer, para ver si era alguna piedra lo que estorbaba su trabajo,

¡Oh, sorpresa! vió un cofrecito, una cajita de hierro.

—¡Hermana! dijo á Basileta, hay una cosa que no puedo yo desenterrar sola, ven á ayudarme.

Apenas las fuerzas de las dos hermanas reunidas pudieron conseguirlo; era un cofre lleno de onzas y monedas de dos duros perfectamente conservadas. En todo habria como unos tres mil duros. Este era el tesoro que habia ocultado su padre, y cuya muerte repentina habia impedido revelar su existencia á su muger.

—Bien decia yo, exclamó Basileta, que mi hueso, como el de Basileta, nos habian de traer la felicidad.

Seis semanas despues, la tertulia de la tia María, adornada con los vestidos de día de fiesta, y mas numerosa que nunca, se hallaba reforzada con el rico labrador don Bernabé, que habia dado su consentimiento al matrimonio de sus hijos, y con la mendiga á pesar de sus pobres vestidos, porque en Castilla la hospitalidad se encuentra en todas partes y nunca niegan la entrada en la casa al indigente. Todos se hallaban reunidos alrededor de una mesa, comiendo alegremente. A los postres, la tia María colocó sobre la mesa una cesta de cerezas de un encarnado inimitable. Los dos esposos ofrecian de ellas á sus dos caras mitades.

—¿Las tomo? dijo Basileta.

—¿Nos habrá perdonado la bruja? dijo Basileta.

—La bruja, dijo la mendiga, os ha dado una leccion. Vuestras cerezas, queridas hijas, son vuestra propia imagen: la coquetería mataba á la una, la negligencia mataba á la otra; es preciso elegir un justo medio entre los dos excesos. Ser vanidosa á los diez y seis años, es coger demasiado en flor su juventud: ser descuidada á los diez y seis años es dejar perecer por falta de cuidado las gracias que se han recibido de Dios.

—Sin contar con la educacion que entra por todo, dijo el maestro de escuela. Dentro de diez años vereis lo que es el cerezo que habeis plantado.

—¿Y qué será? dijo Basileta.

—Silvestre! tendrá amargos frutos! pero podreis hacer nacer en él frutos mas dulces.

—¿Y con qué?

—Con la podadera, con el ingerto, que es con lo que se educan las flores y los frutos.

## RECUERDOS HISTORICOS.

### LA TORRE DE SANTIAGO DE LA BOUCHERIE,

RESTAURADA DE PARÍS.

En París acaba de restaurarse de alto á bajo esta antigua abuela del viejo París, conservada en el centro del París moderno como una preciosa muestra de lo pasado.

Su restauracion se ha terminado completamente; se ha puesto verja de hierro alrededor de la plaza plantada de árboles, y dentro de algunos años será uno de los mas bellos paseos de París. La decoracion estatuaría es completa en el exterior y se han subido á la cumbre de la torre los cuatro símbolos de los evangelistas, rodeado cada uno de sus ángeles, y la estatua colosal de Santiago, la cual fué colocada en medio de una especie de campanario que domina



el monumento. Los cuatro símbolos, el ángel, el león, el águila y el toro y la estatua de Santiago son debidos al cincel de Mr. Cellier. Se han llenado todos los nichos de esta torre con estatuas debidas al cincel de los mejores escultores. En el centro de la vieja torre se eleva la bóveda que contiene la estatua de Blas Pascal. Esta estatua de mármol blanco ha sido confiada á Mr. Caveliere, uno de los mas hábiles estatuarios. Colocando la estatua de Pascal bajo la torre de Santiago, dice un arqueólogo, se ha querido honrar uno de los mas grandes nombres científicos en la historia de Francia y recordar las curiosas experiencias que hizo en esta misma torre sobre la gravedad del aire, experiencias que Pascal habia ya frecuentemente intentado sobre la montaña de Puy de Dome, á dos leguas de Clermont su pais natal.

La torre de Santiago de la Boucherie podria, á la manera que las abuelas, contar la historia de París desde el siglo XII, á sus nietas las nuevas casas de la calle de Rivoli reunidas en torno suyo. ¡Cuántas revoluciones, grandezas, locuras, dramas, virtudes, crímenes, glorias, humillaciones, ha visto pasar á sus pies de granito desde los Armagnac hasta los Jacobinos, desde la demencia de Carlos Sesto hasta el martirio de Luis XVI, desde Marcelo hasta los talleres nacionales, desde San Luis hasta Napoleon, desde el inglés rey de París hasta la Reina de Inglaterra pasando por delante de él para ir á bailar á la casa de ayuntamiento!

La iglesia, de que esta torre es el último vestigio, era parroquial en el año 1149. Agrandada durante el XIV y el XV siglo, fué consagrada directamente en 1414 por Gerardo de Montaigne, obispo de Turin, á quien los parroquianos ofrecieron una comida de setenta cuartos parisien-ses. Era un festín para aquella época: la misma comida costaria hoy cuatro mil francos. El edificio no se concluyó sino en el reinado de Francisco I por los donativos de los grandes generosos, y sobre todo, del sábio y famoso Nicolás Flamel, aquel escritor llamado el Brujo por la ignorancia del tiempo, aquel hacendista consagrado á la grande obra de buscar la piedra filosofal, que fué enterrado en la iglesia de Santiago donde su retrato y el de su muger Prunella estaba esculpido en diferentes puntos.

Dos calles inmediatas conservan todavía sus nombres. Una inscripcion en honor de Flamel estaba colocada sobre un pilar de la nave.

Aquel hombre tenia la manía de las inscripciones; ponía una donde quiera que podia y hubiera voluntariamente cubierto á París de ellas.

Su recuerdo ha dejado á la torre de Santiago un perfume cabalístico, del que no se ha librado aun enteramente para el pueblo.

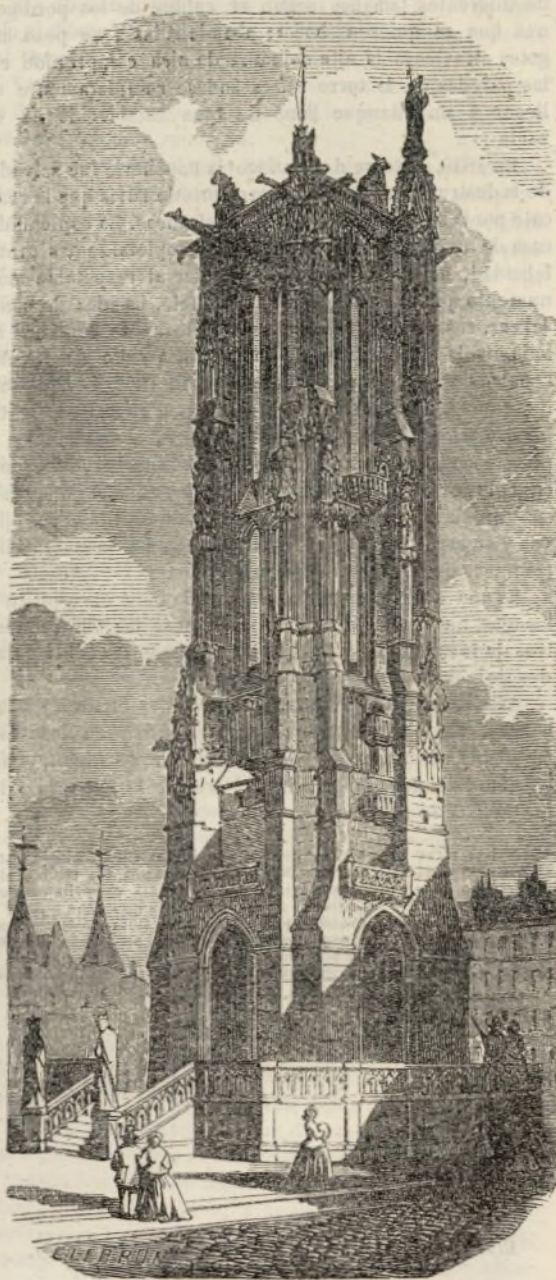
La iglesia de la Boucherie tenia derecho de asilo; se notaba bajo su bóveda la cámara abierta en la que venian á ponerse allí en franquía.

El día de Navidad se esponia en la gran nave al niño Jesus cubierta la cabeza con dos gorros forrados de tela de oro y vestido con una túnica, igualmente forrada de oro.

El día de San Nicolás y de Pentecostés echaban por un agujero de la bóveda un pichon blanco y otros pajaritos: echaban estopas inflamadas en el santuario y se distribuian rosquillas á los fieles.

La iglesia fué demolida durante la revolucion en 1793, escepto la torre que resistió á la piqueta y fué la propiedad de un fabricante de perdigones.

De aqui nacieron nuevos rumores y cuentos fantás-



La torre de Santiago de la Boucherie, restaurada en 1856.

ticos sobre el interior del antiguo edificio. Se decia que asistia allí casi diariamente al acto de fundir las balas y perdigones el diablo Astarot.

Y sin embargo, nada es mas sencillo que la fabricacion de perdigones cuando se tiene una torre vacía que tenga



una grandísima elevacion. Este es el modo de proceder, dice Victor Mennier, el amigo de las ciencias: se funde el plomo al que se añade un poco de arsénico: esta operacion se hace en la cumbre del edificio, despues se vierte aquel metal fundido en una especie de criba llena de agujeros de diferentes tamaños segun el calibre de los perdigones que se quieren hacer: abandonadas á su peso las gotas atraviesan la alta columna de aire comprimido en las paredes de la torre refrescándose completamente al llegar á un estanque lleno de agua establecido en el suelo (1).

En 1836, la torre de Santiago la Boucherie fué salvada de la destruccion por el ayuntamiento de París que la rescató por la suma de doscientos mil francos. La espléndida casa de ayuntamiento que acaba de completarse con tanta felicidad, no podia menos de atender al respetable monumento que era su vecino y su abuelo. La idea de conservar, restablecer y embellecer la torre de Santiago al lado de la construccion de la magnífica calle de Rivoli, construida por el emperador Napoleon III, y el boulevard del centro, hoy Boulevard de Sebastopol, es una excelente idea, y un punto de vista arqueológico, arquitectónico y pintoresco y ha sido hábilmente ejecutado por Mr. Ballu, encargado de esta delicada obra. El antiguo edificio gótico con sus atrevidos arranques, sus arcos, sus estatuas, sus ojivas y su escultura, rompe admirablemente la monotonía de las líneas de la gran vía parisienise.

Es una noble y encantadora parada para el espíritu y los ojos, un recuerdo de la historia ante las obras maestras de la industria, una leyenda en pie entre las realidades de lo presente.

Añadiremos á esto que, gracias á las fuentes y á los bancos, este punto será un pequeño oasis y un descanso agradable en medio del polvo de la calle de Rivoli, y un término feliz de la larga calle del Arco de la Estrella y de la Plaza de la Bastilla.

(1) Las altas torres abandonadas son muy raras, añade este sábio, y un cierto Mr. Smit de Newyok ha buscado los medios de pasarse sin ellas y lo ha conseguido por un medio muy ingenioso: á la torre sustituye un cilindro no teniendo mas que unas quince á diez y seis varas de elevacion, y la altura que falta se suple con una corriente de aire ascendente muy viva, producida por un ventilador. El plomo que se obtiene de esta manera es tan bueno, á lo que se asegura, como cualquiera otro, y nosotros así lo creemos.

En fin, el adorno de la torre de Santiago ha excitado la emulacion de los arquitectos de las casas vecinas, y algunos han variado la uniformidad de construccion por escultura digna de figurar en frente del gótico edificio.

Hemos notado y referimos de paso, que sobre su fachada principal se ve esculpido un medallon, encima del cual se lee esta divisa:

*Vera intueri, media Sequere.*

Cuya divisa está esplicada por el grupo de dos figuras centrales: la una el tiempo verdadero, teniendo una palma y un libro, levantando altivamente el espejo de la verdad, marcando las XII sobre la línea del medio día verdadero: el otro, el tiempo medio, es un joven mancebo que atento al cuadrante de un relój arreglado con el tiempo medio, parece pensar en sus negocios y se separa de la alta especulacion del otro genio. En su mano derecha tiene suspendido un hilo de plomo, emblema y atributo de la moderacion.

Los accesorios se componen de tres figuras alegóricas: la Aurora, apareciendo en medio de la noche y dirigiendo su carro hacia la tierra: á su lado, una golondrina toma su vuelo matinal: el Medio día, llevando una antorcha encendida, imagen de los rayos del sol: La Noche, sosteniendo una corona de estrellas, y un murcielago se escapa de los pliegues de su manto.

En fin, el Acuario y el Capricornio, signos de enero y diciembre representan el principio y fin del año en medallones en donde figura el lagarto amigo del sol.

Estos meridianos que no estarian mal en la fachada de un palacio, han sido ejecutados por Teodoro Gruyere, escultor, segun los dibujos y bajo la direccion de Mr. Teodoro Labrousté, arquitecto. Esta magnífica torre embellece la calle monumental del Rivoli y su boulevard de la Victoria, en frente del cual se halla, y causa la admiracion de los que lo consideran, en medio de aquella inmensa plaza que se ha construido espresamente para él, hallándose libre y despejado en vez de hallarse colocado, como ha estado por tantos siglos, entre una porcion de edificios.

## ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

### EL PRECIO DE LOS GRABADOS.

#### ANÉCDOTAS.

Los grabados tienen su destino como los libros... *habent sua fata*. El que presentamos hoy á la vista de nuestros lectores, *El canal helado*, es una copia de la obra maestra de Adriano Van-den-Velde, que se halla en el Museo del

Louvre de París, y que ha tenido las mas extraordinarias aventuras, si hemos de creer la tradicion.

Hacia el año 1653, en lo mas fuerte de las guerras navales entre la Inglaterra y la Holanda, el almirante Hopdan recibió á bordo dos artistas, que manejaban el lápiz el uno y el buril el otro. El primero era Guillermo Van-den-Velde, apellidado el Viejo, y el segundo era su hijo, de edad entonces de unos catorce años.

Guillermo, dibujante y marinero á la vez, era la admiracion de la escuadra por su valor, no menos que por su talento. Sin mas maestro que el instinto del arte, traslada-



ba al papel croquis admirables de navíos, de marina y de combate. Sabía que iba á haber alguna accion en alguna parte, se embarcaba, y se le veía dibujando el combate en medio del fuego, de las bombas, de las balas, de los sablazos y de los golpes de hacha. Los Estados de Holanda le habian hecho construir una fragatita, cuyo capitan tenia órden de obedecerle y trasportarle á donde quiera que tuviese el capricho de ir.

En cuanto á su hijo Adriano, grababa al agua fuerte de una manera notable á la edad de catorce años, demostrando que llegaría á ser un día uno de los primeros pintores de su país.

Un día hallábanse los dos á bordo del buque del almirante Hopdan, que les habia convidado á comer antes de una gran batalla contra los ingleses. Terminada la comida y comenzada la batalla, el padre y el hijo, dignos uno de otro, se pusieron á su trabajo sobre el puente, Guillermo dibujando al lápiz las magnificencias que veía, y Adriano preparando el grabado que debía hacer un día su mejor cuadro.

Mientras trabajaban así, el combate seguía su curso, tanto, que el navío almirante, acribillado de balazos, no tenía mas recursos que rendirse ó saltar. Hopdan adoptó valerosamente este último partido, y ofreció una lancha á los dos artistas para que saltasen á bordo antes de la explosión.

Guillermo se embarca á tiempo, y el navío saltó detrás de él; pero habiéndose dado menos prisa Adriano, saltó con el navío, y durante un cuarto de hora lo creyeron anegado, ó quemado cuando menos. Como la chalupa se arriaba al costado de otro buque, juzguese la sorpresa del almirante y de sus compañeros cuando vieron nadar hacia ellos al joven grabador en persona, llevando en su boca la plancha de *El canal helado*.

Este rasgo de artístico valor metió gran ruido en Holanda é Inglaterra: las dos naciones se disputaron el grabado, ya célebre, y se vendieron los ejemplares á sesenta ducados de oro en Londres y Amsterdam.

Un aficionado, lord West, atravesó las provincias enemigas con riesgo de su vida, para ir á comprar, por veinte libras esterlinas, una prueba antes de la letra, hasta el taller de Adriano Van-den-Velde!

Mas tarde, y cuando el grabado se convirtió en cuadro, desapareció poco á poco del comercio, y no se encontraron ejemplares mas que entre los mas acérrimos coleccionistas.

El cuadro, despues de diversas peripecias, entró en la galería del conde de Vaudrevil, y fué comprado en 1,200 libras por el rey Luis XVI en 1774.

Así es como ha llegado al Museo del Louvre, donde está haciendo hoy la admiracion y el asombro de los inteligentes.

Hace algunos años que un dibujante francés del mayor talento, Luis Marby, cuya prematura muerte lloran las artes, y que ha hecho muchas obras maestras al lápiz, viajaba por Normandia con el morral á la espalda y el lapicero en la mano. Encontró un día en casa de un pescador de la costa un grabado viejo, pegado á la pared entre Napoleon y el Judío Errante.

Reconoció una prueba antes de la letra, de *El Canal helado* de Van-den-Vedel. Le contó el pescador que le habia traído de Inglaterra, donde habia pagado por él tres

chelines, y se juzgó muy afortunado en cedérsele á Marby por franco y medio (seis reales).

Tal vez sería... ¿quién sabe? la misma prueba por la que lord West habia pagado quinientos francos al mismo Van-den-Vedel.

Sea de esto lo que quiera, dicha prueba sirvió de modelo al dibujo de Marby que hoy presentamos á los lectores del Museo.

Vamos á poner otro ejemplo mas extraordinario todavía de las vicisitudes del valor de los grabados, ejemplo que se repite muy amenudo.

Hacia la mitad del siglo XIII, habia en Leyde un hombre que tenía gran reputacion como pintor y como grabador: este hombre era Rembrandt, cuyo nombre figura en esa pleyada artística, que se llama la escuela flamenca. Al contrario de los demas artistas, el pintor holandés era de una avaricia sordida, y como sus obras tenían gran crédito y estrema voga, tenía cuidado desde que salía una obra de su taller el hacerlo saber á todo el mundo, despues de tardar mucho en entregarla, á fin de causar impaciencia á sus admiradores y sacar mejor partido.

Cuando Rembrandt grabó la plancha de *Cristo curando los enfermos*, usó de su estratagema ordinaria, y como siempre aguardaron con impaciencia la prometida obra. Entre sus apasionados se hallaba un ilustre personaje extranjero, que estaba para marchar, y deseando llevarse un ejemplar del grabado en cuestion, fué la víspera de su marcha á hacer una visita al célebre grabador, para obtener lo que deseaba; pero con gran disgusto suyo se encontró con que no estaba corriente todavía la plancha; no la faltaban, á la verdad, sino algunos accesorios de pequeña importancia. Sin embargo, el artista no queria entregarle una obra antes de que estuviese completamente acabada. El viagero apuró, rogó y suplicó en vano al grabador; por último le ofreció cubrir la plancha de florines de oro con tal de conseguir el precioso ejemplar. Para resistir á semejante proposicion hubiera sido preciso ser mas desinteresado que lo era Rembrandt: así que se dejó seducir.

El comprador cumplió su promesa, y como fueron necesarias cien piezas de moneda para cubrir la plancha, el grabado del *Cristo curando los enfermos*, fué designado bajo el nombre del *grabado de los cien florines de oro*. Desde aquella época han pasado dos siglos, y la reputacion de Rembrandt ha crecido de tal manera, que cada uno de los grabados, de que el prototipo se vendió por extraordinario en cien florines, vale ahora dos mil.

Un hombre llamado Esteban G... que ejerce la profesion de guarnicionero en una poblacion inmediata á Senlis, se hallaba tan apurado en sus negocios, que se habia decidido, aun á pesar suyo, á sacar á venta la casita que poseia con un jardin contiguo. Debía verificarse la venta el domingo 2 de diciembre último; los que querian hacer proposiciones para comprarla iban antes á visitar la casa, y todas las veces el pobre guarnicionero se afligía con la idea de que iba á verse precisado á abandonar su casita, en la que vivía desde su matrimonio, y que habia recibido en dote de su muger, y donde habian nacido sus hijos.

Un cierto propietario de París, Mr. M... que queria comprar la casa para tener un apeadero en el país, vino á visitar su casita, que le enseñó con la mayor amabilidad el



artesano. Mientras que el recién llegado examinaba el estado y construcción de ella, se detuvieron sus ojos de repente sobre un punto del taller en donde estaba la pared llena de estampas, cuya composición y color denotaba la ocupación del artista; pero en medio de ellas vió un grabado, ahumado enteramente, que se hallaba pegado á la pared con cuatro alfileres; después de haber observado atentamente y palpado este grabado:

—Vamos á ver, ¿por cuánto me venderíais vuestra casa sin necesidad de subasta, arreglándonos entre nosotros? preguntó el forastero al artesano.

—¡Dios mío! tendré que venderla en mil cuatrocientos francos, respondió el pobre hombre con las lágrimas en los ojos.

—¿Y se comprende este grabado en el trato?

El guarnicionero, creyendo que el que visitaba la casa se chantageaba, se echó á reír, aunque tenía el corazón lleno de pena, pero viendo que insistía el extranjero:

—Seguramente, contestó, y los demás.

—Pues bien, amigo mío, podeis guardar vuestra casa con ellos; yo os doy los mil cuatrocientos francos por este grabado solo.

Y acto continuó, contó la suma al guarnicionero, y como el artesano, palpando sus billetes de banco, parecía dudar si estaba en su juicio el comprador, éste le contó la historia que acabamos de narrar al comenzar nuestro artículo, y después terminó enseñándole las señales en las que re-

conocía que su grabado no era otro mas que uno de los mejores ejemplares de la plancha de los cinco florines de oro.

## FABULA ARABE.

DEL ALBUM DE DOÑA DOLORES MUÑOZ DE PALAREA.

Una gota de agua desprendida  
Desde las nubes á la mar cayó.  
Y al verse entre las olas confundida  
Avergonzada y trémula exclamó:  
«¿Qué soy, pobre de mí? no valgo nada  
»Si me comparo con la inmensidad;  
»Hasta la hoja ligera que arrastrada  
»Sobre las ondas corre, vale mas.»  
—Oyó Dios su lamento; protegerla  
Quiso, y en una concha la encerró,  
Y convertida luego en rica perla  
En su corona un Rey la colocó.

Esa modestia imitad;  
Porque al hombre necio y vano  
Dios no le tiende la mano;  
Dios eleva á la humildad!

TEODORO GUERRERO.



El canal helado.—Grabado de Van-den-Valde.